

lengua distinta no se debe observar más que el método y modo de pintar, cuando sean dignos de observación; no el estilo, las locuciones, el color y lo demás que penda del carácter y genio de la lengua, y por esto clamaba y gritaba sin cesar que se leyese nuestros buenos autores, para que, logrado en su lectura el uso de hablar bien, pudiésemos, sin miedo de corromper el habla, copiar de los extranjeros lo perteneciente al modo de disponer y pensar. Esta mi persuasión, bien expresada en mi *Orador cristiano* y en todas mis obras castellanas, fué causa de que vos, gravísimo é inexorable diarista, reprimiésteis mi estilo, notándome de poco elocuente y de hombre de blando cerebelo. ¿Y en dónde esto? En un extracto en que reinan de un cabo á otro la oscuridad, el barbarismo, la inconsecuencia y la confusión. ¡Triste de mí, que no acerté á imitaros en estas perfecciones para que mi nombre sonase hoy en España á par de los de vuestros encubiertos ayudantes! Demas de esto, yo no me precié nunca de epigramatario en prosa, á imitación de los ultramontanos; porque sabía bien que las agudezas sin tiempo son frialdades ineptísimas, y que llevar los asuntos históricos, filosóficos, políticos y sagrados sobre los filos del epigrama, y no sobre los estribos de la prudencia, es lo mismo que si Virgilio hubiera escrito su *Éneida* en el estilo de Marcial. Enfadábame sobremanera que se hiciese ostentación del ingenio sin juicio alguno, porque preveía lo que ha sucedido después, esto es, que se plagaría el mundo de bufones, que tratarían la historia con agudezas, la poesía con agudezas, con agudezas la filosofía, con ellas la política, y todo, en fin, lo convertirían en agudo y picante, con pérdida inevitable del carácter y genio de cada obra. El no haber practicado esto fué un horrible delito en mí. Más ¿para quién es? Para los que creen que el buen gusto reside en los libros extranjeros, y no en la naturaleza de las cosas. Pero esto es una creencia ridícula. Los preceptos de las artes son universales, las aplicaciones pueden ser infinitas. Si para escribir yo una historia, en lugar de imitar la destreza de la aplicación que se percibe en una historia ajena, me pongo á contrahacer el giro, orden ó constitución, que dió á su obra aquel artífice, ¿qué otra cosa seré sino un esclavo de la ajena invención, sujeto á caer en sus defectos ó descuidos? Y si esto es reprehensible en los escritores de una misma nación ó lengua, ¿cuánto más lo será cuando se pretende imitar el modo de escribir de los extranjeros? Cada nación, cada gente tiene su carácter particular. Los escritos se acomodan á este carácter como el agua al vaso; que no por otro motivo expresaban los atenienses y los ródios una misma cosa, aquéllos con concisión y fuerza, y éstos con amena, aunque lánguida, profusión. Un buen historiador, ródio ó ateniense, no dejaría de ser bueno, aunque el uno fuese parco, y abundante el otro. El toque está en aplicar el buen gusto á la abundancia y á la parsimonia; y esto es lo que se debe aprender en los buenos escritores, no ya de sola la Francia, sino de todo el mundo, porque esto no pende del genio de las naciones, sino de la perspicacia de los talentos que lo ejecutaron. Abandonar, pues, esta observación, y ocuparse en trasladar la forma exterior de los escritos extranjeros, es querer formar el carácter de todo un país, y caer en el mismo vicio en que cayeron los italianos en tiempo de Leon X, cuya corte parecía más bien, en esta parte, la Roma gentil que la mansión de un pontífice de la Iglesia.

De dicho todo esto porque, ya que una desgraciada casualidad ha hecho que nos juntemos en este sitio, conviene á mi reputación que cuando éstos tornen á Es-

paña (y señalónos á *Arcadio* y á mí) refieran cuáles fueron mis fines y designios en cuanto escribí de nuestra lengua; que detesto altamente el buen gusto que creen introducir los literatos actuales, trasladándole, no de los consejos de la razón sana y sagaz, sino de la imitación de los escritos de una lengua distinta, y que en los buenos libros, franceses, italianos, alemanes, rusos, romanos, griegos, árabes y chinos, se puede aprender á pensar bien; pero á hablar con elegancia y propiedad en ningunos, sino en los nuestros de los dos siglos anteriores. Y diciendo esto, volvió las espaldas, sin esperar respuesta del entonado diarista, que daba muestras de querer dársela.

«Este anciano, nos dijo Cervantes, se queja con razón; trabajó infatigablemente en restituir las letras de España á su esplendor antiguo. Tres diaristas, de los cuales el uno dejó por testimonio de su grande ingenio dos tomos de *Memorias literarias*, esto es, dos cuerpecillos de noticias copiadas tumultuariamente, otro, una historia cuajada de fábulas y cuentos de viejas, y el tercero nada, se empeñaron en desacreditarle, y si no lo consiguieron, faltó muy poco. Culpáble por haber escrito que en España *pauca colunt literas, ceteri barbariam*; y los buenos de los diaristas, que persiguieron de muerte á todos los escritores de su tiempo; que no dejaron libro sano á ninguno, tratándolos de bárbaros, de pedantes, de rudos; que llegaron á proferir con no menor arrogancia que la que culpaban en aquel varón docto, que se avergonzaban de suscribir su nombre en cualquiera de los escritos que se habían publicado en este siglo hasta sus días, le hicieron un cargo horrible porque publicaba lo que ellos mismos publicaban. ¡Rara condición de hombres, pero ejemplo no raro del poder de este desventurado amor propio, que nos hace ver con odio en los demás aquellos mismos vicios que los demás reprenden en nosotros! Yo sé que su aplicación era digna de otra consideración en este sitio; pero, como vendieron á veces el juicio en obsequio de la parcialidad, y cargaron sus críticas de resentimientos personales, que aceleraron sin duda la ruina de una obra que hubiera sido utilísima manejada con más comedimiento y moderación. Apolo los ha expuesto al común escarmiento, destinándolos á maestros de esgrima en el Parnaso, y no sin bizarria en la justicia; porque de sus extractos hizo colocar en la *Biblioteca Delfica* los útiles, doctos é imparciales, remitiendo los demás al ministerio que se ha dado aquí á los malos libros (1).

«—Cosas suceden en el Parnaso, dijo Arcadio, que pronunciadas allá entre los hombres, bastarían para desacreditar al que las pronunciase. ¿Cuántos idolillos literarios habrá en los pueblos de Europa, que serán aquí ó convertidos en ranas ó hechos juguetes de otros doctos, que, por serlo verdaderamente, no acertaron á poner en práctica las artes de que se vale el charlatanismo para apoderarse de la estimación pública? La ignorancia del mayor número forma casi siempre la sabiduría del que se empeña en pasar por sabio. Por poco que se-

(1) FORNER no juzga aquí con tino, ni con crítica justa y elevada, al famoso *Diario de los Literatos*, padrón glorioso de sensatez y de energía. Olvida lo que fueron las letras españolas en el primer tercio del siglo XVIII; y en cuanto al comedimiento y moderación del estilo, bien puede asegurarse que el tono de los artículos de Safranca, de Puig, de don Juan de Iriarte, de *Jorge Pittillas*, y de los demás ilustres colaboradores de aquella memorable revista, no llega nunca á la forma agresiva y violenta que suele emplear el mismo FORNER en sus escritos. Véase el capítulo VI del *Bosquejo histórico crítico* publicado al frente del tomo primero de esta colección. (Nota del Colector.)

pa un charlatan, siempre sabe algo más que el vulgo; óyete éste con admiración estúpida cosas que nunca ha oído; aquél, despreciando á los verdaderos doctos, alabándose á sí y haciendo magnífica é infatigable ostentación de sus fruslerías, logra sobreponerse al sabio entre los que leen sólo para divertirse, los cuales, empalagados con la obscura profundidad de la verdadera ciencia, votan siempre contra lo que no entienden. Pero, en fin, sea de esto lo que quiera, ¿no nos diréis qué hace aquí esta tropa?—Son, respondió Cervantes, los *busuarios* (1). Si me hallára en Madrid, yo me guardaría bien de dar á entender que ignoro la significación de esa voz. La noticia correría presto de pedante en pedante, y héteme aquí calificado de idiota generalmente, por ignorar una cosa que, á mi parecer, importará poco que se ignore. Gracias á vos, me hallo en parte donde cada uno sabe lo que debe, y confiesa que ignora lo que no pudo, ó no quiso, ó no le convino saber. ¿Qué son, pues, esos *busuarios*?—Vos, hermano, le dijo Cervantes, tendréis pocos amigos en vuestra patria si usáis en ella ese mismo estilo. La antigua Roma daba ese nombre á los gladiadores que se destrozaban al rededor de la hoguera en tanto que ardian en ella los cadáveres. Apolo ha decretado ahora este castigo á los asesinos de nuestra lengua, y de ellos ha elegido con especialidad á los semigallos por incorregibles y porque han ocasionado la muerte á la respetable matrona con la enfermedad más sucia y hedionda. Hicieron impetu en ella con furiosa desesperación, y viéndose debilitada, ya con la horrible persecución que la suscitaron casi en mi tiempo los culteranos, ya con innumerables martirios que recibió de los equivoquistas y conceptistas posteriores, ya con la inmensa y extravagante carga de adornos con que, creyendo hermosearla, la abrumaron, y faltó poco para que la ahogasen los predicadores y novelistas de este vuestro siglo; sin defensores, sin padrinos que le valiesen, resistió vanamente los insultos de la caterva engalicada, y contrajo al fin la enfermedad que le comunicaron. La dolencia llegó á su extremo; y acosada cada vez más del furor de los corruptores, huyendo de su país, llegó aquí, donde murió en las manos de aquel respetable anciano que visteis poco há, el cual, así como fué en su patria el último y solo defensor de ella, así ha sido aquí el que recibió en sus labios el último aliento de aquella alma grande y generosa. Tiempo es de que la veáis. Venid y lamentad vuestra desgracia en la suya, viéndoos privados del mejor instrumento de vuestras ideas.»

Entramos en el templo, y vimos el espectáculo más triste y doloroso que pueden ver ojos españoles.

Frio cadáver sobre blanco lecho
De gallarda matrona, en paz sosiega;
Véle el Dolor, y en lágrimas deshecho,
A la piedad y compasión se entrega.
Clavada allí la vista largo trecho,
Al párpado veloz su oficio niega,
El pálido semblante contemplando,
Y en él la ilustre pérdida llorando.
De lúgubre ciprés ramas obscuras
Cubren el suelo entre morados lirios,
Y de árabes aromas ascuas puras
En humo arrojan los incienso sirios.
Relevados en raras esculturas
Ordenados blandones, blancos cirios
Sustentan vivos, cuya muda llama
Trémula por el templo se derrama.
Un sordo lamentar de triste gente

(1) Gladiadores que lidiaban junto á la pira de los romanos difuntos. (Nota del Colector.)

Interrumpe el silencio temeroso,
Como si el pecho, en su pasión doliente,
Quisiera, sin poder, guardar reposo.
El cadáver, los humos, el frecuente
Gemido, el macilento y tembloroso
Lucir, pavor añaden al quebranto,
Y en el ánimo imprimen miedo santo.

Suelto el cabello y descuidado el traje,
El cadáver dos vírgenes guardaban,
Ceñudas tanto cuanto el vil ultraje
Más de cerca y más suyo contemplaban,
Dejan que al llanto su dolor relaje
El curso fugitivo: se quejaban....
Y ¿quién de ver así se admiraría
Á la Elocuencia y docta Poesía?

¡Ay! Cierzo advierten su fatal estrago
En la yerta matrona, y le adivinan.
¡Tanto ocasiona un pensamiento vago!
¡Tanto mil locos que á escribir se inclinan!
Recelaron un tiempo ya el amago,
Y al eterno sepulcro hoy encaminan
A su lengua mejor, que deja, yerta
En su tumba, á las dos fúnebre puerta.

Lástima tierna de mi pecho en tanto
Se apodera, y destila un sudor frío
Mi acongojada frente; amor, espanto,
Dolor, todo conjura en daño mío.
Rompo el silencio, y sin que pueda el santo
Pavor tanto conmigo, cuanto el pio
Sentimiento, que el alma no resiste,
Atónito me acerco al lecho triste.

Y digo: En paz descansa, egregia gloria
Del íbero inmortal, cuando en su labio
Pura sonaba su feliz memoria,
Sabio en hablar, y en discurrir más sabio.
Asunto sólo á la durable historia
Quedaste ya en el mundo; ella tu agravio
Trasladará á las gentes venideras
Con voces, ya bastardas, ya extranjerías.

¿Qué es de tu majestad? ¿Qué de la gracia
Que tu genio en las frases infundía?
Por tí al cantor que acreditó á la Tracia
Nada envidió tu dulce poesía.
Robusta y noble, ¡oh! pese á la desgracia,
Cuando el camino á la virtud abría
Tu decir, al de Aténas disputaba
La fuerza, y ¿qué sé yo si la ofuscaba?

Cayó tu imperio, y te oprimió violenta
Tu elevada y formida pesadumbre;
Fabrica así á las veces corpulenta
Cede al largo oprimir de su techumbre.
Si ménos fuera tu excelencia, exenta
De injurias temerarias, á la cumbre
De la gloria los tuyos te elevarán,
Y en vez de aniquilarte, te ensalzaran.

Tierno Batilo, delicioso Aminta,
Ya no os convida la rosada Aurora,
Ni el grato prado, que el verano pinta,
Pide á la voz la cláusula sonora.
Diverso canto, locución distinta
Escucharán las aves, y á la hora
Los hórridos acentos extrañando,
Huirán, su desventura lamentando.

Almas heroicas, que á la patria atentas
El tributo fatal anticipasteis
A la rígida muerte, en las sangrientas
Fatigas, do moristeis y triunfasteis;
Si llegan por ventura las afrentas
A la suma región, y allá llevasteis
El amor de la patria, al núnen santo
Pedid que venga atrevimiento tanto.

Elocuencia no igual á vuestra gloria
Osará maltratarla en vuestra injuria,
Y hará que sirva la inmortal memoria
A bárbara dición, baja y espuria.
Lánguida y débil la gentil historia,
Reducida á tan mísera penuria,
Obscureciendo los ilustres nombres,
De ejemplos grandes privará á los hombres.

Dificultoso es que deje el lamento un ánimo verdaderamente conmovido, si no le distraen el consuelo ó la

necesidad. Las cosas que revolvia yo en mi interior, las consecuencias que me inspiraba el fanesto espectáculo que tenía presente, el instrumento noble y augusto de que veía privados á mis españoles por su antojo, por su descuido, ó, lo que es más cierto, por su ignorancia, de tal suerte oprimían mi espíritu y le acongojaban, que, á no estorbarlo la compasiva prevención de Cervantes, dilatara las quejas hasta que, debilitado el ánimo, diera él mismo treguas á mi desconsuelo. Por una parte se me representaba derribada de su sólio la majestad de la historia, afeada su magnificencia y revolcándose con flojo y despreciable desaliño, sin arte, sin decoro, sin dignidad, en la inmundicia de la barbarie y de la torpeza, mendigando frases de las extrañas, pobre de sentencias, tarda y amortiguada en el discurso, escasa en la prudencia civil y desenlazada en sus miembros, sin más artificio que el de un capricho inexperto y vulgar, y sin más cultura que la que ocasiona una ánsia desatinada y sórdida de afean con estilo bajo los grandes hechos. Parecíame, por otra parte, que la tragedia, más llorosa por verse entregada á ingenios rudos que por los infortunios de sus héroes, yacia descaecida y débil en las angustias de un estilo prosaico, sin nervio, sin vehemencia, sin aquel grande idioma de las pasiones grandes, único y peculiar de nuestra lengua entre las modernas, cuando en medio de los desarreglos del arte levantaba el vuelo y se elevaba con ardor siempre enérgico, siempre sublime, á disputar la grandeza de la locucion á los Eurípides y á los Sófocles. En esta parte era particularísimo mi sentimiento, porque sabiendo yo que si á algún poema pertenece con especialidad la locucion poética, es singularmente á la tragedia, como miembro muy principal del poema épico, con dificultad me contenía en los límites del comedimiento al considerar que una perversa envidia de imitar lo que no es envidiable por ningún término, nos ha reducido á arrojar del todo el estilo poético de la tragedia, nada más que porque en Francia, cuya lengua carece de aquel estilo, las disponen en prosa rimada, siendo ésta su única poesía. ¿Cuándo acabaremos de conocer que nos defraudamos de nuestras riquezas por comprar con risible descrédito la pobreza de los extraños? ¿Acaso el arte trágico consiste sólo en las unidades y en los caracteres, y en no dejar las escenas vacías y en sacar las personas al teatro con motivo sensible? Bueno, y aún necesario, es todo esto; pero si á ello podemos juntar nosotros, en competencia de la pompa griega, un lenguaje sublimemente poético, una locucion majestuosa, divina, que inflame el espíritu y le enajene, llenándole de una excelsa magnificencia, de un vigor robusto, de una vehemencia inquieta y arrebatada, ¿qué miseria es la nuestra en desposeernos de aquello en que ninguna nacion se acerca á competirnos?

Tales, y otras semejantes á éstas, eran mis quejas, cuando, compadecido Cervantes de mi afliccion, ó deseoso de dar algún descanso á las fatigas del camino (que aunque no referido, no por eso dejó de ser penoso y molesto), nos sacó del templo, y nos condujo á la margen de un alegre arroyuelo, alfombrado de variedad de hermosas florecillas, donde, sentados á la sombra de muchos frondosos laureles que le guarnecian, conversaban entre sí con sosegada afabilidad algunos personajes, parte jóvenes, parte ya de edad madura. Saludólos Cervantes; saludáronle; y curiosos de saber la causa de su ausencia, señalándonos él con el dedo, les dijo: «Estos mancebos españoles han merecido la estimacion de Apolo y han venido de España para presenciar las exequias de su lengua, que se han de celebrar maña-

na.—¿Españoles éstos? dijo con admiracion uno de los ancianos. No conozco el traje, ni aun los semblantes. Mucho deben haberse mudado las cosas en su patria. No se vestía así cuando yo escribía mis *Eróticas*.» ¡Santo Dios! ¡Cuál fué mi connoccion interior al oír estas palabras! «Pobre, desvalido, émulo del dulce Anacreonte, del fácil y blando Ovidio, del sublime y juicioso.... ¡Qué! ¿vos sois!....» Y arrojándome precipitadamente á sus brazos, estampé tres veces mis labios en las venerables arrugas de su rostro. «Veis aquí (dijo él, después de apaciguados los primeros momentos de alborozo y habiéndonos sentado en torno de él); veis aquí lo que se llama gloria del ingenio, miseria en la vida, gloria cuando ya no existe, durable gloria á la verdad y halagüeña para los que llevan sus pensamientos más allá del término de lo que viven; pero comprada á bien cara costa, si se pone en cuenta la penuria de las comodidades. El mundo está lleno de contradicciones, y ésta es una de las más injuriosas á la política. Quizá estarán hoy muy jactanciosos los españoles de que tuvieron en mí un buen poeta, y mientras viví valí menos que algunos miserables copleros, que es cuanto se puede ponderar. ¿Me quejaré por eso? No, de ningún modo. Poetas hubo muy ricos mientras fui yo pobre. Al mérito de la poesía supieron otros juntar el de la negociacion, que es ordinariamente la distribuidora de las riquezas en las córtes y palacios. Es raro el siglo que busca el mérito por mérito. Las inclinaciones de los que gobiernan tienen tambien grande influjo en el mayor ó menor aprecio de las artes; tiénele tambien el mayor ó menor saber de los poderosos. Por turnos sucesivos van así prevaleciendo las profesiones, segun la educacion que domina. El que nace poeta en tiempo en que no se conoce el precio de la poesía, renuncie á su genio, ó resuélvase á sustentarse de la mendiguez. Esto lo que prueba es que los hombres saben rara vez dar su justo valor á todas las cosas, y que por más que aparenten celo, amor á la felicidad pública, deseos del bien común, no fomentan casi nunca sino lo que les agrada ó lo que, con limitada capacidad, tienen ellos por bueno y útil. El conocimiento de la indole y poquedad humana cura estos males con el antidoto de una alegre resignacion. Á buena cuenta, algunos de los poderosos que me desatendieron son hoy nombres execrables ó despreciables entre los que viven; yo, sentado á la sombra de estos laureles, gozando de la apacibilidad de esta mansion amena, coronado de rosas, cual me veis, alegre por haber carecido de los peligros de la riqueza, digo las alabanzas de mi ingenio, mezcladas con una tierna compasion por mi infelicidad, converso con un Dios, sin que las cenizas de los poderosos de mi tiempo sean de mejor calidad que las mías, y sin que sus dias hayan sido mucho más durables, más tranquilos ni más justos que los que pasaron por mí.

Adorada en la tierra,
Frvola vanidad, pompa liviana,
Con el labio destierra
Tus vicios el mortal; altiva, insana,
Te nombra, te acrimina,
Y en busca tuya sin cesar camina.
¿Con qué lazos la vida
Oprimiste, críel? No ya del cielo
La ciencia descendida
Su premio logra en su inflamado cielo;
Desnuda de apariencias,
Yace abatida en irrision la ciencia.
Tímido el genio sabio
Si le humilla el desden de la fortuna,
Sólo al trémulo labio
Voz inspira al poder siempre importuna,

Y en mísero lamento
Su vigor desperdicia alto talento.
Del execrable abismo
Aborto horrendo, vanidad hinchada,
Al hombre de si mismo
Sacaste, y con razon adulterada,
En casuales dones
Pones la estimacion, la dicha pones.

El semblante del poeta quedó, al acabar estas estancias, lleno de un resplandor casi divino, que indicaba bien la vehemencia del espíritu que le encendía. Vuelto en sí, torció su conversacion á otro intento, y nos preguntó: «¿Qué se escribe y publica hoy en España?—Traducciones, malas imitaciones, respondió *Arcadio* con agudeza súbita.—Ya, replicó *Villegas*; se escribe lo que se puede.—Por eso se escriben discursillos, repuso *Arcadio*. Vos no encontraréis en España autores que compitan con vuestros contemporáneos, con aquellos que, grandes y excelentes en sus profesiones, escribian de lo que sabian; pero, en cambio, hallaréis hombres así, así, que, sin saberse hacia dónde les caen los estudios, han inventado el nuevo oficio de escribir de todo; de suerte que si nos atenemos á lo que se imprime, jamás ha producido España mayor número de talentos universales. Política, filosofía, teología, jurisprudencia, agricultura, economía, poesía, elocuencia, crítica, todas las ciencias y todas las artes entran en la jurisdiccion de estos inmortales escritores de á pliego, y en dos ó tres tomos, compuestos de discursillos, que se publicaron para satisfacer el hambre ó la vanidad del que los escribió, hallaréis una biblioteca completa de todas las cosas, y otras muchas más.—Escribir un pliego sobre cualquiera cosa, dijo entonces uno de los que allí estaban, no prueba más que la habilidad de pintar las letras. Todo el que sabe escribir puede ser escritor de esa especie, con tal que no quiera tener otro oficio que el de trasladar al papel aquellas conversaciones en que se juzga de todo en los corrillos, en las fondas y en las librerías. Un talento universal es un cuento semejante al del fénix; pero el dedicarse á escribir de todo, es negocio de cortísima dificultad. Se ve comunmente en el trato civil que los idiotas juzgan de todo cuanto se hace y de cuanto se escribe con tanta confianza como si estuvieran instruidos en todo profundamente. Así tambien en la república literaria el que nada sabe con profundidad, todo lo abarca y en todo se mete, por lo mismo que no hay en él ciencia ó arte determinada en que pueda sobresalir; por lo mismo que ignora lo difícil que es tratar con dignidad una ciencia ó arte, cuanto más todas. He leído algunos de esos papelejos que abortan hoy en tanto número las prensas de España, y en ellos me han disgustado dos cosas notablemente: la una, que á título de reformar abusos, confundiendo las cosas por malignidad ó por ignorancia, que es lo más cierto, murmuran de lo que no debieran; otra, que siendo su oficio reformar, en vez de restablecer las reliquias de la lengua, la han acabado de destruir del todo. Su estilo es vulgar, bárbaro, balbuciente, imitacion lánguida de los libros franceses, que leen y copian, ó razonamientos insulsos de entendimientos que se explican del modo que piensan, esto es, tarda y desconcertadamente.... ¡Pobre lengua española!», exclamó *Villegas*. Y no sin compasion nuestra le vimos enternecerse y acompañar con algunas lágrimas su triste y dolorida exclamacion. Enjugóselas, y siguió diciendo: «Mancebos, á vuestro estudio ha fiado Apolo la empresa de mantener en lo posible la memoria de la lengua que hablamos *Garcilaso* y yo. Engrandecieron-

los hombres eminentes en diversas épocas. Perfeccionada con adquisiciones sucesivas, la recibieron los escritores de *Carlos II*. Oídme atentamente, y fijad bien en la memoria lo que voy á decir, para que acerteis en el camino que os ha de guiar á la grande empresa. Sojuzgada y frecuentada España por distintas naciones en diversos tiempos, formó su lengua de las ruinas de las que hablaban estas naciones. Esto contribuyó maravillosamente á su abundancia; y como algunas de aquellas lenguas eran nobles, sonoras y majestuosas, adquirió tambien la nobleza, armonía y majestad que la ha distinguido entre todas las que se hablan; sus progresos, no obstante, fueron lentos en los primeros siglos. Dos ó tres cuerpos legales, una serie de crónicas, gran número de coplas sencillas y algunas novelas y traducciones componen la biblioteca española de aquellos tiempos. Vense en estas obras las costumbres de nuestros mayores, mucha sencillez y mucha grandeza de ánimo. Faltábales el conocimiento erudito de las artes, y escribian más por talento que por reglas. Se entrevé en sus escritos una lengua que iba creciendo y puliéndose poco á poco. Introdújose la erudicion griega en España en la feliz edad de *Fernando el Católico*: las artes se hicieron cultas; supiéronse sus preceptos, y procurando ajustarse á ellos los escritores, dieron principio al empeño de perfeccionar la lengua, conservando en ella la propiedad de las palabras, introduciendo en ella la redondez y armonía de los períodos, vistiéndola con las galas de la elocuencia y dilatándola con las licencias resueltas de la poesía. *Boscan*, *Garcilaso*, *Mendoza*, apartándose de la simplicidad de las coplas castellanas, y valiéndose diestramente de los tesoros de la poesía latina y griega, formaron el estilo poético, á cuya formacion ayudó admirablemente la docilidad y genio mismo de la lengua, que sin repugnancia admite variedad infinita de locuciones enérgicas y hermosas en la poesía, y absolutamente para la prosa. Guiados asimismo del conocimiento de la antigüedad, empezaron á imitarla y aún copiarla los historiadores. *Hernando del Pulgar*, *Florian de Ocampo*, su continuador *Ambrosio de Morales*, *Jerónimo de Zurita*, *Estéban de Garibay* y algunos otros hombres eruditos y grandemente doctos en las letras humanas suavizaron y engrandecieron la lengua, uniendo en ella la majestad, la robustez y la dulzura con increíble naturalidad. Sus escritos retrataban la grandeza de la época en que escribieron, no de otro modo que en los de *Ciceron*, *Salustio* y *Livio* comparece la magnificencia de un pueblo que acababa de sojuzgar al orbe. Entonces tambien *Alejo Venegas*, *Fernán Pérez de Oliva*, *Luis de Granada*, *Hernando del Castillo*, *Antonio de Guevara*, *Jorge de Montemayor* y otros muchos, tratando variedad de asuntos, ya sagrados, ya familiares, ya filosóficos, ya doctrinales, ya amenos y entretenidos, no tanto enriquecieron la lengua, cuanto dieron á conocer las riquezas de ella, que, abandonada en los siglos anteriores y desdeñada de los que se llamaban sabios, yacia sin brillo como el diamante en la rudeza de la mina; porque el pulimento del habla es el uso que hacen de ella los hombres doctos en las obras que escriben; y lengua en que se escriba poco, por más que sea excelente en sí, jamás resplandecerá. El reinado de *Felipe III*, aunque infeliz en la administracion de los negocios públicos, no fué sino felicísimo para nuestra habla. *Herrera*, *Leon* y *Ruja* añadieron á la majestad, que ya lograba en sus versos, la grandilocuencia y sublimidad, que no se había dejado aún ver en la estructura de sus períodos. Los dos *Argensolas* juntaron con talento admirable las galas de una poesía va-

ronil á la gravedad de la moral. *Cervantes*, ese soldado andrajoso que veis ahí, creó el estilo jocoso y dió inimitables ejemplos de narración fácil y amena, del diálogo urbano y elegante, del árduo modo de expresar con las frases la ridiculez de los hombres. Su pluma fué un pincel en cuanto escribió, y su *Quijote* es un ejemplar ó idea de los estilos más agradables. Entonces yo (permitid esta libertad á mis canas), salido apenas de la edad pueril, traduciendo y imitando al dulce y alegre *Anacreo*, di, si no me engaña mi amor propio, el primer ejemplo de aquella lozanía que no conocía aún nuestra lengua, y que con excesiva prodigalidad se dejó después ver en los escritos de los reinados posteriores. *Lope*, redundante en todo, llenó sus versos y prosas de descripciones amenas, de metáforas ricas, trasladando desde su imaginación al papel cuantas imágenes le ofrecía la portentosa variedad de ideas que depositaba en ella. En este tiempo fué cuando la lengua empezó á tomar diverso semblante del que había tenido en el tiempo anterior. Los escritos que dieron de sí los reinados de *Fernando el Católico*, *Carlos V* y *Felipe II* manifiestan un carácter grave, robusto, natural; las cláusulas caminan con una especie de reposo severo, la estructura de los periodos es lenta y noble; tal vez poco sonora, aunque muy suave é ingenua. Desde mi época en adelante, facilitándose más y más el uso de la lengua con el lujo y esplendor elegante de la corte de *Felipe IV*, empezó á comparecer rápida, lozana, viva, sonora, jovial, galante, florida, deliciosa; cuyos caracteres se perciben distintamente en los escritos de *Quevedo*, de *Ulloa*, del *Príncipe de Esquilache*, de *Saavedra*, de *Calderon* y de *Solís*. Comparad los escritos de éstos con los de *Herrera*, *Leon*, *Garcilaso*, *Granada*, *Mariana* y *Morales*, y hallaréis una diferencia tan notable en la expresión de unos y de otros, cual se halla, con igual motivo é iguales causas, entre los de *Lucrecio*, *Tercio*, *César*, *Salustio* y *Livio*, y los de *Séneca*, *Petroneo*, *Floro*, *Tacito* y *Curcio*, etc., etc. Las lenguas siguen la suerte y costumbres de los imperios. Los asuntos á que se aplican, y el modo de pensar que domina en distintos tiempos, las visten de semblantes diversos con una variedad infinita. Los doctos que escriben cuando las lenguas han pasado por algunas de estas variedades, las reciben riquísimas, y dejarlas entonces perder es la mayor indiscreción que puede cometer un pueblo culto; mas, por desgracia, esto es lo que acaece casi siempre. La amenidad de nuestra lengua decayó bien presto en adornos desmesurados: su facilidad para las metáforas degeneró en hinchazón, extravagancia y afectación insolente; su jovialidad paró en truhanismo, sus delicias en desatinada profusión, su armonía se hizo toda uniforme; todo hueco, todo campanudo, ora cantase un zagal, ora hablase un héroe, ora razonase un filósofo. Así la recibieron nuestros padres desde los últimos días del infeliz *Carlos II*; mas vosotros, ¿cómo la habéis recibido? Lánguida, afeada con nueva barbarie, corrupta y enteramente cargada de vicios propios y ajenos, que es el último extremo de corrupción á que puede llegar el uso de un idioma. En una palabra, cuando vosotros nacisteis estaba ya moribunda la lengua española, y hoy venís á presenciar aquí la fúnebre ostentación de su entierro. ¿Habrá algún remedio para este mal, que parece ya irremediable? Lo tengo por imposible. Los franceses, labrando sus glorias sobre las ruinas de la nuestra, han sabido escribir tan varia y abundantemente de todo, que aunque ni sus ingenios son inventores, ni su lengua á propósito para competir con la nuestra, han conseguido derramar copia inmensa de

libros por todas las provincias de Europa, por el mismo caso de haber hecho á su lengua depositaria de cuanto se sabe y de cuantos modos de agrandar puede hallar el ingenio humano. Así, casi todas las lenguas de Europa se resienten ya del idioma y gusto franceses, y hasta la misma Italia ha olvidado las riquezas del *Tasso*, la sublimidad de *Chiabrera*, la pureza de *Annibal Caro*, la rigidez de *La Crusca* (1), por la afición al ridículo filosofismo con que ha caracterizado sus obras la última raza de escritores franceses. Los españoles, dados, como toda Europa, á la lectura de los libros de esta nación impetuosa, debiendo sólo aprender en ellos las cosas, el método y el artificio, convierten las locuciones francesas en castellanas, y esto por dos motivos: el primero, porque, no habiendo hecho estudio radical de su idioma, ignoran las equivalencias de las frases; el segundo, porque, no leyendo nuestros buenos libros, se ha olvidado el uso de nuestros modismos, se ha perdido el verdadero carácter poético, se ha desconocido la abundancia y fertilidad de la lengua, sin que hayan bastado los conatos y clamores de algunos genios sobresalientes para reprimir la furia de los traductores hambrientos y charlatanes ambiciosos, que á viento y marea han llevado adelante la corrupción. Empeñarse en destruir este ejército, sería temeridad inútil. Las escuadras de la ignorancia han sido siempre invencibles. La novedad, que lo mejora todo y lo corrompe todo, capitaneando tropas de gentes frívolas y superficiales, destruye por sí misma las lenguas, las ciencias y las artes, después de haberlas perfeccionado; porque, como el mayor número se deja conducir más del deleite que de la razón, siéndole agradable todo lo nuevo, por la misma causa que sacude la barbarie antigua y se entrega ansioso á la sabiduría nueva, se entrega también á la barbarie nueva, abandonando la sabiduría antigua, que le es ya empalagosa. Alternativamente se suceden así el buen gusto y la extravagancia, la ciencia culta y el bárbaro charlatanismo. ¿Qué os toca, pues, hacer á vosotros? Aunque el mal parece enteramente desesperado, juntad vuestras fuerzas, y sobreponiéndos á las bachelillas de la turba con obras y escritos que llamen á sí la atención del público, manifestad prácticamente la diferencia que hay entre los que saben bien el uso de su lengua y los que corrompen este uso. La imitación, ó por mejor decir, el estudio de las obras españolas de los siglos pasados, debe ser vuestro norte para arribar al colmo de esta empresa. Mas no sea servil esta imitación, no sea mecánica ni de pura copia. Estudiad las frases de la lengua, no las de los autores. Buscad en ellos la abundancia y la propiedad, no el giro ó semblante que dió cada escritor á su escrito. El vuestro, como el de todos, debe ajustarse á vuestro genio ó indole. Aquel á quien domine el juicio, trabajará inútilmente en querer remediar la travesura, siempre fecunda, de *Quevedo*, ó la elegancia florida de *Solís*; aquel en quien domine el ingenio, aunque lo solicite, no podrá ceñirse jamás á la severidad lacónica de *Mariana* ó á la naturalidad sencilla de *Zurita*. La falta de esta advertencia ha producido imitaciones muy insípidas y frialdades intolerables en las obras de éstos que, sin ser nada por naturaleza, quieren serlo todo por vanidad ó codicia. Sin haber recibido gracia alguna para la gracia, se han empeñado en seguir las huellas de los verdaderamente graciosos; y han llenado el mundo de vulgaridades sucias ó de saudeces desabridas. De la

(1) La célebre *Academia della Crusca*, fundada en Florencia, en 1582. (Nota del Colector.)

imitación servil resulta también otro daño, y es, que como la habla castellana ha comparecido con dos distintos semblantes en los siglos XVI y XVII, si os atais sólo á la locución del primero, pareceréis un tanto anticuados; si sólo á los del segundo, os privaréis de una gran parte de la abundancia de vuestra lengua.

Llegaba aquí *Villégas* en su razonamiento, cuando nos asaltó de repente una extraña gritería y bullicio que se percibía no lejos del sitio donde nos hallábamos. Pusímonos en pié, y acercándose cada vez más el ruido, oímos multitud de voces que repetían: «Guarda el loco, guarda el loco.— Todo es prodigios aquí, dijo *Arcadio*. ¿Quién podía esperar hallar locos en la mansión de la sabiduría?— Esto extrañáis? le replicó *Villégas*; *Lucrecio* y el *Tasso*, que lo fueron verdaderamente, quedan muy atras en locura á otros muchos sabios, y muy sabios, que con grandísima racionalidad han sido delirantes grandísimos. Visítad la extensión de esta región de doctos, y yo os prometo que os riáis muy de veras de las ocupaciones y discursos y aun de la conducta de muchos de esos que os admiran tanto después que han cesado de vivir entre vosotros. ¿Quién sabe si alguno de éstos habrá parado en frenético, y figurándose que él sabe más que *Apolo*, y que es capaz de corregir sus obras para hacerlas de nuevo, ha empezado á querer destruir las que existen, y con esta idea ha emprendido á golpear con cuantos se le ponen delante? Veamos pues.» Y saliendo de nuestro recinto, vimos en un prado contiguo gran tropel de gente, que, ya huyendo de un furioso, ya siguiéndole con gritería, risa y algazara alegre, hacían fiesta suya la desgracia del miserable. «¿Qué es esto? preguntamos al primero que tropezamos.— Es, dijo riéndose, un crítico que se ha saltado de la jaula, y siguiendo en su manía de que él sabe más que todo el mundo, cree que son doctos cuantos encuentra, y da sobre ellos á coces y mordiscos con tal furor, que ya ha desollado á tres ó cuatro, y ha acoceado á más de treinta.— Ved aquí en este infeliz, dijo *Cervantes*, el retrato fiel de todos los hombres. Inventan las artes para su alivio, y al punto las convierten en dolencias destempladas y peligrosas. Desdicha es de la humanidad, sujeta al ciego ímpetu de las pasiones, que debiendo dirigirnos al bien, nos precipitan miserablemente. Este pobre frenético concurría en su edad con talentos superiores al suyo. Miráralos á mal ojo, creyendo que, ofusándole, le usurpaban la gloria ó las conveniencias. Abrasárase en envidia, y las resultas no podían ser otras que parar en crítico desatinado. La crítica, como todas las artes, ha salido de sus límites entre las manos de los hombres, ineptos siempre para mantener el debido temperamento en las cosas. Las obras todas merecen crítica, porque ninguna se ha escrito hasta ahora sin defectos, ni se escribirá mientras esté la pluma entre los dedos de la limitación humana. En muchas de ellas hay excelencias casi dignas de veneración, al lado de defectos que deben perdonarse á la fragilidad de nuestra naturaleza. El crítico de bien debiera notar los defectos para ayudar á la entera perfección de las obras. Pero, ¿quién es el que se mueve á criticar con fin tan generoso? La primera intención del crítico es siempre desacreditar la obra ajena, para deprimir el mérito ajeno; la segunda, dar á entender al público que él sabe más que aquellos cuyas obras merecen estimación universal, pues prueba, á su parecer, que no valen nada. Con estos fines suelen mezclarse muy de ordinario pasiones y designios más indecentes: la envidia, el odio, la venganza, y de aquí las calumnias, los detersivos, la infame maledicencia y todos los vicios que

abortan la destemplanza y malignidad de ánimos perversos.» Yo, pobre de mí, que estaba escuchando con atención, absorto y como fuera de mí, estas reflexiones, cuando ménos me lo pensé, vi dar sobre mi cabeza una resma de papelotes con tal furia, que á no tenerla tan dura, gracias á Dios, y tan á prueba de bombas críticas, hubiera dado conmigo en tierra irremediamente. Fué el caso, que el diablo del loco, habiéndose acercado á unas grandísimas parvas de libros de todas clases y tamaños que había amontonados en medio de aquel prado, ó por arrear de sí la persecución de los que trabajaban para asirle, ó por añadir estas armas á las de sus dientes, puños y piés, comenzó á coger libros y dispararlos con tanta valentía, que hallándonos no á corta distancia de él, cayeron sobre mí los que he dicho. Lo que fué sobresalto para *Cervantes* y *Villégas*, fué risa para *Arcadio* y aun para mí, que, agachando la frente, dije con viveza: «Mientras mis libros no sean armas de locos, vengán sobre mí cuantos pueda disparar la locura.» Y diciendo y haciendo, como por mis pecados he sido autor, y eran libros los que habían caído á mis piés, por ver si era alguno de los míos, levanté dos, y *Arcadio* hizo lo mismo con los demás. «Salvados estamos, dijo *Arcadio*. Lo que hay aquí es un legajo de *Censores*, otro de *Corresponsales*, y á modo de mazacote un folleto llamado *Centones*.— Hombre, le repliqué, aquí todo es prodigios. Las que yo he cogido son las *Cartas críticas* del de París; y cuando este enorme trozo del hielo empedernido no me ha levantado un chichón, digo que puedo apostárselas á cabeza con el coloso de *Ródas*. Señores (continné, volviéndome hácia los que nos acompañaban), ¿qué hacen en el Parnaso unos papeles que en mi patria andan ya honrando las especierías? Esta región, ida entrada acaso á las críticas ineptas, vulgares, frías, desproporcionadas, y lo que aun es más, escritas como para hacer la guerra á la pobre lengua castellana? Porque en ese caso á cada buen libro deberán corresponder aquí ocho carretadas de desatinos, y yo estaba en la persuasión de que la biblioteca del Parnaso no admitía sino lo excelente.» Sonrióse *Cervantes*, y díjome: «Libros que aquí están expuestos á que los peloteen los locos, en mala hora nacieron, menguados padres los engendraron. Pues ya han logrado asir á aquel infeliz, y ha quedado quieto este sitio, acerquémonos á aquellos montones, y observaréis lo que os causará gusto y admiración, y en todo caso traed con vosotros esos folletos, que podrán hacer falta.»

Era aquel recinto una ancha y capacsima plaza, ceñida de muchos, varios y espesos árboles, grandemente frondosos; ámbito en que la naturaleza quiso manifestar la preferencia de su hermoso desaliño á la sequedad simétrica con que la debilita el arte muchas veces. Interrumplados á un lado la fachada de un suntuoso edificio, en que competían el buen gusto y la magnificencia, concurren estatuas, columnas y adornos á formar una de aquellas obras que indican en quien las inventa una como participación de divinidad. Fuímonos acercando al centro de la plaza, y vimos que un enjambre de ganapanes iba sacando en banastas, por una de las puertas del edificio, gran cantidad de libros, que, amontonados en el suelo, pasaban á las manos de otros hombres, los cuales ordenaban y levantaban con ellos una grande y empinada pira, semejante á las que en la antigua Roma se fabricaban con leños para reducir á cenizas los cadáveres. *Arcadio*, discretísimo maliciador, conjeturó al instante lo que podía ser aquello; y «que me maten, dijo, si no van á chamuscarse aquí con el cadáver de nuestra lengua los desastrados partos de los

mismos que la han hecho morir. Gracias á Dios, no he caído hasta ahora en la liviandad de ser autor; mas, dado que fuera así, consentiría de buena gana que me quemasen en la estatua de un libro, siquiera por ver lucir en tan digna solemnidad ese inmenso número de libretos y libretes, papelotes y papelejos, versos lánguidos, traducciones bárbaras, discursos insípidos, historietas ridículas, faramalla enorme con que nos ha inundado el pedantismo hambriento en toda la continuación de este siglo. Aquí, con poca ó ninguna luz, darán muchísimo humo esos informes, frutos de ingenios de alcornoque, verificando materialmente los efectos que ocasionan tales escritos, en la república de las letras; escritos que no dan más que humo de todos modos; humo porque son sólo niebla sin solidez; superficie ancha y oscura derramada en el aire; humo, porque sirven sólo para ofuscar al inocente público; humo, porque hacen llorar el malogro del tiempo y del dinero á los que los leen; humo, porque llenan de vanidad á los que los zurcen y publican; humo, porque impiden el paso de la luz ó la debilitan y afian. — Právidamente ha ordenado Apolo, dijo Villégas, que sirvan de pira á nuestra lengua los libros que la han hecho perecer. Dos utilidades se siguen de esta agudísima providencia: una, que como será tanto y tan espeso el humo que arrojarán estos corchos, impedirán, con el tenebroso nubarrón, que se vea la crueldad del fuego en la destrucción del cadáver; y ese horror ménos hallará el dolor de los que presencien el miserable espectáculo; otra, que un mismo acto sea honor fúnebre á la inocencia y castigo justo á la pedantería. ¡Oh Amintal! éste es el lugar de donde el loco crítico tomó los papelonos que volaron á tu cabeza, y sin dañarte cayeron á tus pies; restituidos otra vez tú y tu amigo á esos montones; que, en verdad, aunque hay mucha leña, no será ésa la ménos útil para arder, por lo seca, quebradiza y abellanada; y de paso notad, para vuestro aprovechamiento, el fin de las críticas insulsas, mezquinas y mal intencionadas, y aún de todas las críticas. Innumerables son las obras que mueren á poco ó mucho tiempo de su publicación; pero si el no ser leída más que la primera vez es suerte de toda obra desabrida ó inútil, en las críticas de obras ajenas es ésta como una suerte fatal ó inevitable, aún cuando de ingenios excelentes. Si la crítica recae sobre una obra mala, crítica y obra van á parar al pozo del olvido; si recae sobre una obra buena, la crítica da materia á las conversaciones de doce días, entretiene los corrillos de los ociosos, disputan, gritan, pedantean, échanla á un desvan despues, y la obra de mérito pasa tranquilamente á la posteridad. Con que, de cualquiera modo, la crítica es siempre la vencedora en estas batallas. Verdad es que los críticos suelen infinitísimas veces tener en poco esta reflexión, aún cuando la prevean; porque, á fuer de soldados rasos, tratan sólo de matar el crédito del contrario, sin cuidarse de la gloria póstuma ni dárselos un comino de que sus nombres suenen, ó no, entre los venideros. Para contener la furia de estos homicidas de créditos, hay dos arbitrios eficacísimos: uno, huir el cuerpo á sus arremetidas, y sin hacer caso de su furor, seguir el camino del estudio útil, despreciándolos; el público se cansa hasta de la malignidad que recae sobre un solo objeto; la variedad es el cebo de la curiosidad, y si la murmuración hubiera de estar ceñida siempre á las acciones de una sola persona, no habría murmuración en el mundo. Otro arbitrio es (y siempre feliz) hacer ridículos á los críticos, alimentando á costa de ellos el entretenimiento de la gente culta y discreta. Entonces se

consiguen dos bienes de un golpe: castigar la malignidad y aumentar el crédito y la gloria propia á costa de los mismos críticos; porque la buena sátira no ménos inmortaliza los talentos que cualquiera otro género de composición ingeniosa.

Llegó á este momento uno de los ganapanes y descargó una banasta de libros de diversos tamaños. Alzó Arcadio uno de ellos, y abriéndole, vió que era de versos y que estaba impreso en papel de estraza. Acudió á la hoja y leyó.... ¡No es bueno que se me ha olvidado el título! Sólo, sí, me acuerdo que al leerle exclamó Arcadio, todo admirado: «¡Qué asombro! ¡Esta obra en papel de estraza! Estoy viéndolo y no acabo de persuadirme; porque....» — Apolo es muy justiciero (le dijo entonces Cervantes, conociendo el motivo de su admiración). Notó que la excelente impresión de este libro tenía asco de estar empleada en una fría serie de malas prosas en consonantes, llamadas poema sólo porque martillean la oreja con el golpe de la rima. Hizosele cargo de conciencia que en un mismo cuerpo anduviesen juntas dos obras maestras, una en elegancia y otra en ridiculez, y en un momento vimos, no sin maravilla, que la excelencia tipográfica pasó á honrarse con las sátiras de Bartolomé de Argensola, y que este poema septentrional quedó impreso en estrazones; y aún parece que se avergüenzan éstos de tenerle en sí cuando se acuerdan de haber sido depositarios por largo tiempo de las obras más excelentes que ha dado de sí España. — ¡Oh juicios siempre justos de la Divinidad! tornó á exclamar Arcadio. Esa obra, materia aquí de desprecio y risa, fué en nuestra patria por más de un mes el Alcoran literario de muchos que se tienen por eruditos. — No sin razón, replicó Cervantes, porque tal anda la poesía hoy en España. Murió la lengua, acabóse la poesía. En el siglo pasado todo fué exceso; en éste todo es miseria. Antes la rima era lo de ménos en los poetas. Hoy no hay poeta si se le desnuda de la rima. Los ingenios fogosos del tiempo de Felipe IV se excedieron en el uso de las figuras y locuciones poéticas; los del presente, olvidadas locuciones y figuras poéticas, encadenan una prosa corrupta en el número de unos versos lánguidos, que son versos sólo porque tienen medida. No parece sino que la naturaleza, cansada de desperdiciar ingenio en los poetas del siglo de Lope y Calderón, ha retirado la mano, negándole del todo á los del presente. ¿Dónde está aquella fecundidad de imaginación tan pródiga, que, pasando los términos de lo conveniente, á modo de río que sale de madre por la abundancia del caudal, hacia á la poesía más poética de lo que debía ser? ¿Dónde está aquella locución enérgica, que en los versos sonaba divinamente, y era intolerable cuando se quería desatar en prosa, no de otro modo que acaece en todo idioma que posee lenguaje poético?.... — Señor, adónde vais á parar con vuestras preguntas? le dijo Arcadio. Hacer versos hoy en España equivale á encadenar dicciones y cláusulas medio francesas: con decir esto está dicho todo. Á título de que nuestros poetas del siglo pasado fueron inexactos, se ha introducido ahora una maldita exactitud con que la poesía ha parado en un mecanismo gramatical, como si la gramática de la poesía no fuese diversísima de la prosaica, y como si las leyes del entusiasmo y de la belleza poética no se burlasen á cada paso de las menudencias de los pedagogos. El genio dicta á los grandes poetas las locuciones convenientes á las imágenes que retratan con el verso; sin estudio particular dicen lo que deben decir cuando, acalorada la fantasía, producen involuntariamente aquellas expresiones vivas

con que nos arrebatan. Hay en ellas una falta gramatical: id á decir á los versificadores que aquella falta es allí una belleza; que la construcción poética, aunque sea irregular, suele á veces expresar una vivísima imagen con aquella irregularidad misma. Nada adelantaráis: asidos á sus reglillas, formarán un proceso á Horacio, y nuevos Scioppios (1), acusarán á Virgilio de solecista. La prosa francesa ha corrompido la castellana; trasladan á los versos esta prosa corrupta ingenios lánguidos, helados, secos, estériles, y ved aquí el estado general de nuestra poesía al presente. El vulgo, acostumbrado muchos años há á leer tal prosa y tales versos en la enorme copia de traducciones que han abortado el hambre y la ignorancia, ¿cómo ha de discernir ya la poesía castellana de la semifrancesa? Se ha perdido la amenidad de nuestro lenguaje, se han perdido las frases y modismos poéticos, se han perdido las gracias de nuestra locución jocosa, se han perdido los giros y construcciones vivas y enérgicas, se ha perdido la facilidad de las traslaciones, se ha perdido la armonía, la grandilocuencia, la abundancia, la propiedad; todo se ha perdido en los versos y prosas de la mayor parte de los que hoy escriben. Yo he visto églogas escritas en tono de declamación, he visto poemas didácticos escritos en tono de églogas, he visto comedias que hacen llorar, tragedias que hacen reír, innumerables sonetos, compuestos de catorce versos medidos y nada más, cantos épicos fundados en sueños, odas que hacen tritar al infeliz que las lee, y todo, todo, no sólo sin alma, pero sin cuerpo castellano, si es heito explicarme así. Os digo de verdad que, conociendo yo muy bien cuánto se extraviaron del buen gusto muchos poetas de los tiempos de Felipe IV y Carlos II, prefiero sus sofismas, metáforas insolentes y vueltos inconsiderados á la sequedad helada y semi-bárbara del mayor número de los que poetizan hoy en España; porque, al fin, en los desaciertos de aquéllos veo y admiro la riqueza y fecundidad de mi lengua, que pudo servir de instrumento á frases é imágenes tan extraordinarias; pero en éstos no veo más que penuria, hambre de ingenio, y lenguaje bajo y balbuciente. Los primeros se me representan como un campo fertilísimo, cuya fuerza para producir ofusca sus producciones con la excesiva pompa y prodigalidad de ellas. En los segundos creo ver un erial árido, vestido de arena y de peñascos pelados, y en que de largo tiempo en largo trecho se deja ver un cardo místico y tal cejal césped de grama agostada, cabizbaja y rociada de polvo. No en vano, dijo Villégas, está la poesía al lado del cadáver de nuestra lengua, afligida, llorosa, atribulada, lamentando su pérdida en la de tan excelente madre. ¡Oh! que, bien usada esta lengua, diga lo que quiera el frances Bohours, era el mejor instrumento que conocía Europa para verter dignamente los pensamientos dignos.»

Señas daba de continuar, á no impedirlo el estruendo que hicieron veinte ganapanes que llegaron de una vez á descargar otras tantas banastas. Hizo la casualidad que al volar los libros de una quedó abierto un tomo barto fornido, que mostró ser manuscrito, circunstancia que llamó nuestra curiosidad y obligó á Arcadio á levantarle para ver cuál fuese su contenido. Hojeóle, y sin hablar palabra, bañando sólo el rostro con una ligera sonrisa, le cerró y le restituyó al montón.

«¿Qué misterio es éste? le dije; ¿contiene aquel libro

cosas que no podamos saber? — Contiene, me respondió, escritos que pueden sólo estar sujetos á la crítica de una deidad, como lo es Apolo; escritos que adoran los pueblos, y de cuyo estilo suelen reírse en silencio y allá para su coileto los sabios, los humanistas y alguna vez también los gramáticos. No se pueden manosear sin peligro las cosas que autoriza el sello del poder; y aún aquí, en el Parnaso, me llena de veneración, no sólo la voz, pero el eco de los oráculos de la vida civil.» Percibió á este tiempo Cervantes un tomo de la *Historia literaria de España*, y díjones: «¿Habeis leído aquel libro?», señalándole. «Por mi desgracia, respondió Arcadio. — ¡Y al Bachiller Gil Porras! — También. — Dígoos que si habeis tenido tanta paciencia, os pueden llamar, mejor que á Marco Catón, devorador de libros. ¿Qué juzgan de estas obras los españoles? — Señor, respondió Arcadio, eso se cuenta de muchos modos. En España, y especialmente en la corte, no es buena ni mala una obra porque ella lo sea en sí, sino por la casualidad de que la critiquen ó no. La mayor parte de los juicios son de reata; para ellos el último que escribe es el que tiene razón. Los que, sin principios, leen por pura curiosidad, no pueden juzgar de otro modo, bien lo sabeis; porque en saliendo de hechos donde son palpables las demostraciones, en lo que toca á raciocinios, propiedad y excelencias del arte, caminan siempre á oscuras; y ved aquí por qué se toleran en el teatro, y aún se aplauden muchas veces, los despropósitos más groseros y ridículos, y por qué en la infinita variedad de juicios que se hacen de cada obra son poquísimos los que atinan á la primera, é innumerables los que van mudando de parecer según corre el viento de la crítica. En España han sido siempre más bien vistos los noticieros que los entendimientos originales. Un erudito, que con una locución baja, tosca y desaliñada llene una ó dos resmas de noticias entresacadas de dos, tres ó cuatro mil libros, por más que sea repetidor, pesado, fastidioso; por más que ignore los rudimentos más simples del buen gusto; por más que no tenga capacidad para vestir con un ligero adorno el farrago indigesto de sus noticias, será tenido por un oráculo; y el grande historiador, el orador eminente, el divino poeta, los genios inmortales que emulan el artificio de la naturaleza, y crean, como ella, bellezas y excelencias nuevas, que ni aún son capaces de comprender los estúpidos hacinadores, serán desdeñados, ó, cuando más, celebrados como hombres de placer y gente nacida para el entretenimiento de los fatuos. Ello es cierto que es infinitamente más fácil ser noticiero que historiador, rábula que orador, farragista que poeta, copiator de especies sueltas que inventor de verdades ó versos similares; y esta misma facilidad ha hecho que, siendo infinito el número de los primeros, se hayan levantado con el imperio de la estimación pública á fuerza de maldecir de los talentos inventores; no de otro modo que los barberos de un lugar, apoderados del privilegio de matar solos, se rebelan contra el médico recién admitido, y le desacreditan por fin entre los idiotas del vecindario. Ello es cierto que Atenas y Roma son célebres por sus oradores, poetas, historiadores y filósofos; que en aquellas ciudades se estimaban en alto grado las artes de imaginación; que esta estimación les hizo maestros de la tierra, y que si no hubieran tenido más que sofistas, jurisconsultos consilientes, hacinadores pragmáticos, en una palabra, sabios de carga, su nombre no sobrepujaría en gloria á la que obtiene hoy España entre los extranjeros. Los noticieros, hacinadores pragmáticos, no forman los libros clásicos de las na-

(1) Scioppius es el nombre latino del famoso filólogo alemán Gaspar Schopp, que residió algún tiempo en España, en la primera mitad del siglo XVII, y escribió, en latín, *Grammatica Philosophica, De arte critica*, y otros libros de polémica religiosa y literaria. (Nota del Colector.)